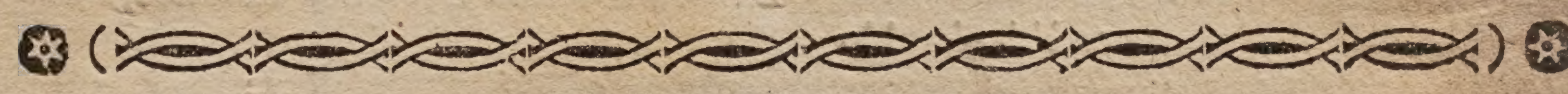
COMEDIA FAMOSA.

EL ALCAYDE DE SI MISMO.

DE D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

El Rey de Napoles, Barba.	*Margarita, Infanta.*	*Serafina, Criada.*
Federico, Principe de Sicilia.	*Elena, Dama.*	*Antona, Villana.*
El Infante ſu hermano.	*Enrique, ſu Criado.*	*Villanos.*
Roberto, Criado de Federico.	*Leonelo, ſu Criado.*	*Criados.*
Benito, Gracioſo, Villano.	*Un Capitan.*	*Soldados. Muſica.*



JORNADA PRIMERA.

Dicen dentro los primeros verſos Roberto, y Federico, que ſaldrà armado, con botas, y eſpuelas, y caen deſpeñados.

Rob. PRecipitado buelo
nos deſpeña: Jeſus!
Feder. Valgame el Cielo!
Rob. Eſtàs, ſeñor, herido? *Salen.*
Feder. Muerto fuera mejor, mas tal ha ſido
ſiempre el rigor del hado,
que vive à ſu peſar un deſdichado.
Rob. Guarde el Cielo tu vida,
de cobardes contrarios defendida,
que al fin, viviendo un hombre,
no hay horror, no hay eſpãto q̃ le aſſõbre.
Feder. Antes en penas tales,
el morir es el ultimo en los males.
Pluguiera à Dios, Roberto,
pluguiera à Dios, q̃ alli me huvierã muer-
entre aſſombros, y eſpantos (to
las fieras armas de enemigos tantos;
y no fuerte, y altivo,
ò venturoſo mas, huviera eſquivo
dexado una lanzada
muerto à D. Pedro Esforcia en la eſtacada:
No huviera yo llegado
de duro acero, de diamante armado,
como vès, à eſte monte,
termino, al parecer, de eſte Orizonte;
ò ya que aqui llegaſſe,
pluguiera à Dios, que en èl me deſpeñaſſe,
quando velòz tropieza
el Cavallo en ſu propia ligereza;
pues fuera el daño menos,
que vernos oy de confuſiones llenos,
y de tantos contrarios perſeguidos.
Adviertan tus ſentidos,
que pierdo à Margarita lo primero;
à Margarita bella,
que fue del Cielo flor, del Campo eſtrella:
luego que nos hallamos
en un monte, y que en èl los dos eſtamos,
el Cavallo perdido,
tù canſado, yo armado, y ſin veſtido.
Y quando à alguna Aldèa
queramos ir, ninguno havrà que vea
à pie, y armado un hombre,

que

que no se ria de èl, ò no le assombre:
y siendo conocido
por las señas tan grandes, mas seguido
de quien me busca quedo;
ni de la muerte assegurarme puedo,
quando preso me tenga
el Rey, pues juntamente en mì se venga
de su sobrino muerto,
y de la grande enemistad, Roberto,
que con mi padre tiene, que esta ha sido
la causa de entrar yo desconocido
en su Reyno en sus fiestas,
no fiestas ya, tragedias sì funestas;
pues con penas tan graves
sucediò lo que callo yo, y tù sabes.

Rob. Todo lo considero,
y peor fuera morir, que hallar espero
remedio à mal tan fuerte.

Feder. Remedio? de què modo?

Rob. De esta suerte.
Tù no eres conocido
en Napoles, que nunca en èl ha havido
quien el rostro te vea;
pues este monte muda guarda sea
de las armas gravadas;
en èl con verdes ramas sepultadas
queden, que yo no dudo
el poderte escapar, yendo desnudo
à la primer Aldèa,
diciendo, que la gente que saltèa
en este monte, ha sido
quien te llevò la hacienda, y el vestido.
Assi, al fin, se consigue
el no hallarte la gente que te sigue,
y el hallar tù consuelo,
moviẽdo à compassion la tierra, y Cielo.
Yo (haviendote dexado
donde quisieres tù) dissimulado
me bolverè à la Corte,
donde sabrè lo que à tu amor le importe:
las joyas tendrè en ella
para irte socorriendo. *Fed.* Si mi estrella
no me huviera dexado
tal amigo, què triste, y desdichado
huviera yo nacido!
la oposicion de mi desdicha has sido.
Siguiendo tu consejo,
las duras armas en el monte dexo:
desnudo irè moviendo
à compassion las piedras, porq̃ entiendo
quejarme tristemente
con tal disfràz de lo que el alma siente,
como aquel que ha llegado
à tener un dolor dissimulado,
que quando no le dexa,
fingiendo otro dolor, de aquel se queja.

Rob. Pues àzia aquesta parte,
que es mas secreta, puedes retirarte,
que ya del Sol la lumbre
dà el primero perfil à aquella cumbre.

Feder. Tù, si à la Corte fueres,
y en ella acaso à Margarita vieres,
dila, que soy amante
tan descortès, tan necio, è inconstante,
tan loco, y tan altivo,
que no la puedo vèr, y quedo vivo.

Vanse, y salen de camino Elena, Dama, Enrique, y Leonelo, Criados.

Elena. En tanto que essos cavallos,
veloces hijos del viento,
pagan en cristal, y nieve
las esmeraldas del suelo,
podràs hasta Miraflor
adelantarte, Leonelo,
y decir quan desdichada,
y desesperada vengo
à ser rustica Aldeana *Vase Leonelo.*
de sus montes: quiera el Cielo,
que por ser rusticos tanto,
halle mas piedad en ellos.

Enriq. La soledad de este monte,
la causa de tus extremos,
y el no haver visto las fiestas
(que nuestra desdicha fueron)
en la lealtad de un criado,
dàn, señora, atrevimiento
à pedir, que me repitas
tu dolor, y sentimiento,
porque el mal comunicado,
dice un sabio, que fue menos.

Elena. Publicòse por Italia,
con el comun sentimiento,
digno de tan tristes nuevas
(presagios de este sucesso)
la muerte infeliz de Enrico,
de Napoles heredero;

por

por cuya razon ſu padre,
à ſu anciana edad atento,
diſpuſo dar à la Infanta
Margarita digno dueño,
llamando para eſta empreſſa
à los Principes del Reyno.
Todos vinieron, y todos
mueſtra de ſu guſto dieron,
celebrando ſu hermoſura,
y mas que todos Don Pedro
Esforcia mi hermano, pues
como ſu amante, y ſu deudo
(que ſuele hacer el amor
un ſegundo parenteſco)
fijò en Europa carteles,
llamando à pùblico duelo,
para una juſta Real,
ſuſtentando, y defendiendo
en ella, que Margarita
era el mas digno ſugeto
de amor, y la mas perfecta
Dama en belleza, è ingenio:
(perdonen tantas como hay
en el mundo, atrevimientos
de hombre enamorado, pues
quien llega à eſtarlo, ſoſpecho,
que ni mas que aquello eſtima,
ni pienſa que hay mas que aquello.)
A la fama de las juſtas,
de toda Europa acudieron
los Principes mas gallardos,
mas bizarros Cavalleros:
y en tanto que ſe cumplia
de los carteles el tiempo,
todo era màſcaras, motes,
feſtines, faraos, y juegos.
Una noche (que era dia,
pues no ſe echaba al Sol menos)
dando principio à un feſtin
eſtaban los inſtrumentos,
quando por la ſala entrò
un bizarro Cavallero,
que arrebatò à un miſmo punto
de todos los movimientos.
El diò principio al feſtin,
teniendo ſiempre encubierto
el roſtro con el embozo;
hizo el primero paſſeo,
ſacò à Margarita, y ella
con un cortès cumplimiento
ſaliò: mi hermano (no sè
ſi yo me hiciera lo meſmo)
ſaliò entonces, procurando
quedar con ella en el pueſto;
y el Cavallero embozado,
poniendo cuidado en ſerlo,
con la mano en la cuchilla,
dixo atrevido, y reſuelto:
ninguno mejor, que yo,
merece el lugar que tengo.
Don Pedro iba à reſponder,
quando entraron de por medio
el Rey, y Grandes: ſaliò
de la ſala el Cavallero
tan en sì, que no le viò
nadie el roſtro, ni ſupieron
haſta oy quien era; tal fue
ſu recato, y ſu ſecreto.
Llegò de la juſta el dia,
y afrentando, y deſmintiendo
nueſtra plaza la memoria
de Romanos Coliſèos;
ſe viò cubierta de gentes
tan diverſas, que ſe vieron
en ella las confuſiones,
que tuvo Babèl un tiempo.
De una tienda de brocado,
que eſtaba al lado derecho
armada, ſaliò mi hermano,
tan airoſo, y bien diſpueſto
en un cavallo, que un alma
informaba à entrambos cuerpos.
Con amoroſas empreſſas
gallardos Aventureros
entraron, que por no ſer
mas prolija, no las cuento,
y porque llegando à entrar
el Cavallero encubierto,
ſe olvidan, y quedan todas
ſepultadas en ſilencio.
Corrieronſe muchas lanzas,
en cuyos varios ſuceſſos,
como en la ſuerte, y fortuna,
ſe ganan, y pierden premios.
Llegò à correr el gallardo
embozado con Don Pedro

mi hermano, que hasta aquel punto
le havia dicho bien el tiempo.
Pusieronse frente à frente
los cavallos, tan atentos
à las voces de un clarin,
que con estàr algo lejos,
parece que à cada uno
el animado instrumento
estaba hablando al oìdo
(tal era el instinto en ellos)
pues parece que el enojo
heredaban de sus dueños.
Partieron, pues, tan veloces,
que ya trocados los puestos,
muchos no determinaron
si pararon, ò partieron,
haviendo en medio las lanzas,
hechas atomos del viento,
dividido en tantas partes,
que muchas de ellas subieron
tan altas, que por entonces
ninguna cayò en el suelo,
ni despues, porque tardaron
en caer, ò no cayeron.
Toman la segunda lanza
para su segundo encuentro;
mucho espacio, si son veras,
mucha prisa, si son juegos.
Buelven à partir, y aqui
un cavallo desmintiendo,
la valla de un lado rompe.
No has visto en el Mar sobervio,
quando nevadas montañas,
rizando à su frente el ceño,
un Navìo en un escollo
dà, y en pedazos resuelto,
la que fue campaña antes,
le sirve de monumento?
No has visto en un terremoto
temblar la tierra, y el Cielo,
caducar los edificios,
y en tanto horror, tanto estruendo,
precipitarse dos montes,
desgajados de sì mesmos;
y encontrandose al caer,
darse batalla violentos,
hasta rendirse à su furia,
que no pudieran, à menos?
Pues tales eran los dos,
porque en la carrera à un tiempo
imitando las acciones
de agua, tierra, fuego, y viento,
eran dos Naves de bronce,
eran dos montes de hierro,
eran dos rayos de plata,
eran dos aves de acero.
Falseando la sobrevista
hiriò el acerado hierro
à mi hermano, cayò en tierra,
bañando en humor sangriento
la arena, que parecia,
que tan infeliz sucesso
llorò con sangre la tierra,
quando dividida veo
la Plaza en vandos, vengando
unos, y otros defendiendo
la muerte, y el homicida,
el qual animoso, y diestro
saliò de la Plaza, donde
se esconde ignoro; sospecho,
que Marte le arrebatò
à colocarle en su asiento,
ò por guardarle de mì
abriò sus bocas el centro.
Yo à un tiempo, pues, combatida
de dos contrarios afectos,
quise, viendo la impiedad
(si la verdad te confiesso)
dexar la Corte, y confusa
vengo à Belflor, donde vengo
(si hay desdichas, que se huyan)
de mis desdichas huyendo,
donde mi esperanza muera,
donde viva mi tormento,
donde mi llanto me anegue,
donde me ahogue mi aliento:
pues entre amor, y rigor,
entre esperanza, y deseo,
llego, huyo, quiero, olvido,
amo, adoro, vivo, y muero.

Enriq. Notable sucesso ha sido,
y mas pensar que se esconde,
sin saber còmo, ni dònde,
y que no sea conocido. *Sale Leonelo.*

Leon. Los Villanos de Belflor,
sabiendo que vuestra Alteza

viene con tanta tristeza,
para mostrar el amor,
y voluntad que la tienen,
todos à darla su vida,
el pesame, y bien venida,
y à besar sus plantas vienen.

Salen Benito, y Antona, y algunos Villanos.

Ant. Benito, advierte que aora
tù, por ser el mas erguido,
mas calletrudo, y sabido,
tienes de dar à señora
el pesame. *Ben.* Yo? por què
he de dar à la Condesa
pesame, si no me pesa?
el pesáte la darè.

Vill. 1. Dì, que es Venus, y Diana,
y que en su gran presuncion
muriò como otro Faeton
su hermano. *Ben.* De buena gana.

Vill. 2. Dì, que fue quien le matò
un Neròn sobervio, y malo,
un cruel Sardanapàlo.

Ben. Todo esso la dirè yo.

Ant. Que ella nos viva mas años,
que viviò Matusalèn.

Ben. Todo aquesso està muy bien.

Ant. Para consolar sus daños,
que el Concejo no la embia
colacion, fiesta, y grandeza,
porque quien tiene tristeza
se cansa de la alegria.

Ben. Muessa Conda soberana
tan erguida, llumpia, y bella,
que son fregonas con ella
Doña Venus, y Doña Ana:
Si en tiempo de fiestas bellas
à Belflor haveis venido,
bien hecho ha sido, si ha sido
por no buscar donde vellas.
A todos nos ha pesado,
y aquesto no os està bien,
que un pesame, ò parabien
siempre es estilo cansado.
Tengale Dios en buen poso,
que èl muriò en su presuncion,
como el otro fanfarron,
de arrogante, y animoso.
Y pues à aqueste le igualo,
el que le diò muerte fiera,
era un Enera, y aun era
una Sardina de palo.
Pero vivais vos, amen,
para gozar de estos daños
con gusto, y salud mas años,
que viviò Mateo de Allèn.
Que el Concejo no la embia
colacion, fiesta, y grandeza
porque quien tiene tristeza
no diz que tiene alegria.

Sale Federico desnudo, y herido.

Feder. Generosos Labradores,
y vos, hermosa señora,
que entre barbaros sayales
sois entre espinas la rosa,
muevaos à piedad el vèr
un desdichado, que arroja,
embuelta en sangre, y suspiros,
pedazos del alma propia.
Un Mercader rico era,
y tanto, que en una joya
cifrè el tesoro del mundo.
Vine à las fiestas famosas
de Napoles, procurando,
en concurso de personas
tan ilustres, emplear
mi caudal, y hacienda toda.
Hicelo assi, à Dios pluguiera
fuera mi dicha tan corta,
que no hiciera empleo tan grande,
porque perdiendole, aora
es mayor el sentimiento,
que la fortuna embidiosa
no lo fuera, si llevàra
tràs las dichas las memorias:
mas es fortuna loca,
Diosa sin fè, y amiga de lisonjas.
Pensè bolver à mi patria
rico de hacienda, y de honra
(baste que dixesse rico,
porque en los tiempos de aora
la riqueza es el honor,
sin atencion de personas,
porque ya el pobre se vende,
como ya el rico se compra)
pero fueron mis designios
la hermosura de la rosa,

que el purpureo rosiclèr
juzga perpetua corona
del campo, sin atender
à que en un punto se enojan
tiempo, y fortuna, sobervio
brama el austro, el cierzo sopla;
siendo cadaver del campo
entre sus perdìdas pompas.
Tal yo, rico de esperanzas,
que son las tempranas hojas,
en mi patria me juzguè,
sin advertir à que corta
el Cielo intentos del hombre:
què importa (ay de mì!) què importa,
que èl proponga, y determine,
si hay estrellas que dispongan,
y executen, porque ellas
quanto el hombre escribe borran?
que es nuestra vida sombra
de aquella luz que influye poderosa.
Yendo, pues, por esse monte,
saliò una pequeña tropa
de Vandoleros, que en èl
la hacienda, y la vida roban.
Quise ponerme en defensa;
pero quàl hombre se arroja,
anteponiendo los bienes
à la vida, si ella sola
merece ser preferida
sobre las humanas cosas?
mal haya quien ambicioso
muere, mal haya quien compra
la magestad con la vida.
Pusieronme dos pistolas
à los pechos, y rendido,
no fue temor, fue piadosa
atencion al ser Christiano,
entreguè mi hacienda toda:
y pensando, que guardaba
mi vestido algunas joyas,
que usar Mercaderes suelen
de invenciones cautelosas,
el vestido me quitaron,
dexandome como aora
estoy; y viendome assi,
ha tres dias, que essas rocas
habito, que me sustento
de yerva rustica, y tosca:
pero la necessidad
hace que rompa, y que corra
los velos à la verguenza;
y pues mis plantas dichosas
à esta parte me guiaron
en mi consuelo conozcan,
que sigue el gusto à la pena,
à la desdicha la gloria,
à la fatiga el descanso,
la luz à las negras sombras,
à mi llanto la piedad
de tus manos generosas,
que mortales congojas
viven à la mudanza atentas todas.

Elena. Bien pensè que no tenia
mi pecho infeliz lugar
donde cupiesse el pesar
de tu desdicha, y la mia:
pero aqui me ha consolado
tu pena, y tu desconsuelo,
que à un desdichado es consuelo
hallar otro desdichado.
Alientate, toma brio,
tèn ànimo, y esperanza,
que todo està à la mudanza
sujeto. Este Estado es mio,
en èl te puedes quedar
reparando tu fortuna,
donde tu suerte importuna
puedes felice burlar.
Tambien al monte he venido
à llorar desdichas yo,
consuelo tu pena hallò,
pues un hermano he perdido,
cuya nobleza, y valor
publìca à voces la fama,
que el infelice le llama,
muerto à manos de un traidor:
y por no hablarle yo,
sabe, que es quien lloro aqui
Don Pedro Esforcia.

eder. Ay de mì! *ap.*

Elena. Y el traidor que le matò
no se ha sabido quien era;
demonio debiò de ser,
pues se pudo defender,
y esconderse de manera,
que no se sabe por donde,

ni

ni de què fuerte efcapò.
Feder. A buen puerto vine yo. *ap.*
Elena. Sin duda el centro le efconde.
Feder. Al revès ha fucedido
oy effe efecto en los dos,
pues mirar à un trifte, à vos
de confuelo os ha fervido,
y à mì de pena, que aqui
un dolor al otro excede,
que pena vueftra no puede
fer de gufto para mì:
pues tanto pienfo, por Dios,
fentir la que es vueftra, tanto,
que parezca que en mi llanto
fon una mifma las dos.
La merced que me ofreceis
de vivir con vos aceto
(aqui vivirè fecreto) *ap.*
firviendoos, que bien fabeis,
que un hombre que rico ha fido,
dobla en fu tierra el dolor,
pues vive pobre mejor
à donde no es conocido.
Ben. Señor defnudo, hafta quàndo
vueffamerced pienfa habrar?
no pudo confiderar,
que tambien yo eftaba habrando,
y no es buena cortesìa
dexar, con cordura poca,
atraveffada en la boca
la media embaxada mia?
Elena. Què prudente, y advertido *ap.*
fu fentimiento moftrò!
què bien que difsimulò
el llanto mal refiftido!
Efte hombre me ha obligado
con fu eftilo. *Ben.* Guardeos Dios.
Ant. Benito, no habra con vos.
Ben. Otras veces havrà habrado.
Elena. Còmo os llamis? *Feder.* Efpañol.
Ben. Benito. *Elena.* Y foislo?
Ben. Yo? *Feder.* Sì,
en Barcelona nacì.
Elena. Todos fois hijos del Sol:
què buen talle! *Ben.* A fu fervicio
eftà el talle, y la perfona,
que fu mercè es quien le abona.
Ant. No dice à vos: pierdo el juicio.
Elena. En fin, quereis el partido?
Feder. Si, pues à un puerto he llegado,
que no fuera defdichado,
quando no lo huviera fido.
Elena. Su modo dice, que es
hombre bien nacido. *Ben.* Si,
affeguro que nacì,
fi bien me acuerdo, de pies.
Elena. Palabra os doy, que fi tengo
en la venganza, que figo,
buen fin, y de efte enemigo
no conocido me vengo;
(porque fiera, y vengativa
fiempre ha fido la muger)
que tengo, Efpañol, de hacer,
que os olvideis, afsi viva,
de la pèrdida de oy. *Vafe.*
Feder. No pierda yo vueftra gracia,
que de toda mi defgracia,
feñora, olvidado eftoy.
Què confufiones me ofrece, *ap.*
fortuna, tu mano ingrata!
vida me dà quien me mata?
me acoge quien me aborrece?
quien me bufca, me defiende?
quien me dà favor, me figue?
quien me ampara, me perfigue?
y me guarda, quien me ofende?
Pues quedarme folicito
à donde mi muerte veo,
que eftà mas feguro el reo
donde comete el delito. *Vanfe.*
Salen el Rey de Napoles, Barba, Margarita fu hija, y Serafina, Criada.
Marg. Dexame morir. *Rey.* Advierte::-
Marg. Què puedo advertir, feñor,
fi es de qualquiera dolor
ultima linea la muerte?
Rey. Tan grave pena, tan fuerte
pafsion, y mal refiftida
oy vendrà à dexar vencida
tu vida. *Marg.* Al Cielo pluguieffe
tan dulce mi pena fueffe,
que acabaffe con mi vida.
Rey. Todos la muerte lloramos
de Esforcia, todos fentimos,
todos al Cielo pedimos
la venganza que efperàmos;

pe-

pero no todos estamos
rendidos à un sentimiento,
Margarita, tan violento,
que exceda al sentir sus modos.
Marg. Siento sola mas que todos,
porque mas que todos siento.
Rey. Ya tu venganza publìco,
muerte le darè al traidor,
si le alcanzo. *Marg.* Què rigor! *ap.*
ay mi bien! ay Federico!
Rey. Què respondes? *Marg.* Significo
conmigo assi los recelos
de tus penas, tus desvelos.
Busca al traidor, haràs bien,
muerte tus manos le dèn:
no lo permitan los Cielos. *ap.*
Mas quien pretende olvidar
una pena, ò vanagloria,
le sirve de mas memoria
el insistir en pensar
que olvida: el que ha de dexar
de quejarse, y se aconseja
con su razon, quando dexa
la pena el llanto infelice,
con las razones que dice,
que no se queja, se queja.
Alli su consuelo alcanza
pena mas firme, y notoria,
pues la queja, y la memoria
son pensar en la venganza:
no havrà en mis males mudanza,
pues lo que remedio ha sido,
trae el veneno escondido;
pues con la venganza intento
no sentir, y siempre siento
olvidar, y nunca olvido.

Sale el Capitan con Roberto.

Cap. Señor, como has publicado
por traidor al que encubriere
el homicida, ò supiere
de èl, nos ha manifestado
un hombre aqueste Criado,
que por suyo conociò.
Rey. De èl sabrè mi intento yo.
Rob. Yo con mi lealtad concluyo,
que soy criado, mas cuyo *ap.*
esso no lo dirè yo.
Rey. Quièn eres? *Rob.* Un forastero,
que à Napoles ha llegado,
de las grandezas llamado
de las fiestas. *Rey.* De tì espero
saber quien es aquel fiero
autor de mis penas. *Rob.* Yo
no le conozco. *Rey.* Pues no
eras su criado? *Rob.* Sì,
mas no supe à quien servì.
Cap. Bien su turbacion mostrò,
que esta es malicia, señor;
porque en un pobre criado,
en quien aora han hallado
joyas de tanto valor, *Daselas al Rey.*
es el presumir error,
que no huviesse conocido
à quien huviesse servido.
Rob. Por cierto el señor Don tal
es bueno para Fiscal.
Rey. Pues la piedad no ha podido
moverte, pueda el tormento:
entre las joyas està
un papel, y de èl quizà
conocerè el fin que intento.
Marg. Hay mas triste pensamiento!
Papel serà suyo, mucho *ap.*
es mi temor; triste lucho
con mi llanto, y mi deseo.
Rey. Oye que::- *Marg.* Mi agravio veo. *ap.*
Rey. Carta es. *Marg.* Mi muerte escucho.
Lee el Rey. Porque V. Magestad no estè con el cuidado, que le puede dar mi ausencia, escribo con Roberto, avisando de mi salud, y la causa que me ha traìdo à Napoles, que es à vèr las fiestas, que sustenta D. Pedro Esforcia, cuyo valor me ha obligado à assistirle en ellas: acabadas, bolverè à los pies de V. Magestad, cuya vida el Cielo aumente. *El Principe Federico.*
Es possible, que esto creo,
y mi pena no replico:
el Principe Federico
fue el homicida? què veo?
No le bastaba, que fuesse
Federico mi enemigo,
sino que por mas castigo,
guerra en mis tierras hiciesse?
Marg. O Federico cruel,

(corazon , dissimulemos, *ap.*
y estas lagrimas , y extremos
hablen à un tiempo con èl)
barbaro , arrogante , vano,
sobervio , y desvanecido,
altivo , loco, atrevido,
cuyo poder , cuya mano
muerte me diò : (y es verdad *ap.*
muerte alevosa me diò,
pues la vida me quitò,
robandome la mitad
del alma) plegue à los Cielos,
que tu fin sangriento sea
como mi pecho desea.

Rey. Tus lagrimas , y desvelos
à todos nos han rendido:
Capitan , buscadle luego, *Vase el Cap.*
destruyendo à sangre , y fuego
el lugar mas escondido. *Vase.*

Marg. Ay Roberto ! tu lealtad
muerte à todos nos ha dado:
dime , por què te has quedado
por mi daño en la Ciudad ?
Por què esta carta guardaste,
donde su nombre firmò
el Principe ? por què nò
la rompiste , ò la quemaste ?

Rob. No pude yo prevenir
lo que nos ha sucedido:
aqui me quedè escondido,
y un huesped pudo decir
(mal haya quien inventò
los huespedes) que yo fui
el que al Principe servì,
porque en su casa viviò:
esta carta le escribia
al Rey su padre , y despues
no la embiò , que esta es
su desdicha , tuya , y mia.

Marg. Y la que yo he de llorar.

Sale el Capitan.

Cap. El Rey manda , que esteis preso,
porque de aqueste sucesso
no podais aviso dar.

Marg. Y es bien que estè preso el fiero,
que à un enemigo sirviò:
libertad te darè yo. *A Roberto ap.*

Rob. Essa de tu mano espero. *Vanse.*

Seraf. Tus razones he escuchado,
tus lagrimas he advertido;
y de no haverte entendido,
triste , y confusa he quedado:
algun secreto hay aqui.

Marg. Y quiero à tu pecho fiel
hacer Secretario de èl.

Seraf. Atenta te escucho. *Marg.* Allì
para tragedias de amores
nos dà lugar el Jardin,
entre el azahar , y el jazmin,
entre las rosas , y flores:
y si contarte pretendo
una enigma semejante,
no entenderme no te espante,
que yo tampoco me entiendo. *Vanse.*

Salen Antona, y Benito , Villanos , cantando.

Anton. Subiera Morales
en el su cavallo,
la espuela de melcocha,
y el freno de esparto;
luneta,
atala allà de la sonsoneta.

Benit. En la calle nueva
està enamorando,
por mirar arriba,
cayera en un charco ; luneta , &c.

Anton. Sogas , y maromas
tiran à sacarlo,
sacanle una assadura,
que havia merendado ; luneta , &c.

Ben. Dexa un poco essa luneta,
que lo has cantado tan bien,
que no chilla una sartèn,
un orgàno , una carreta,
con mas fuerte , y recio chorro,
que tù. *Ant.* El alabarme es yerro,
porque no entonò un becerro,
un podenco , ni un cachorro,
mas que tù , ni aun un marrano,
quando le matan , gruñò
con mas gracia , y no habro yo
en la carreta , y orgàno.
Mas ya que esto es acabado,
y que es forzoso el habrar
de otra cosa , hasta llegar
à la Quinta , me ha passado
por el calletre , que habrèmos

en quando serà aquel dia,
Benito del alma mia,
que los dos matrimuñemos:
En pensallo me hace astillas
el pracer dentro del pecho;
y me viene tan estrecho,
que el hato me hace cosquillas.
Benit. Para olvidar sus regalos,
considera, que passò
esse dia, y que llegò
el que yo te mato à palos,
muy mohino, y enfadado;
que en fin, forzoso ha de ser,
que me canse una moger,
que ha de estàr siempre à mi lado.
Porque à qual hombre no pesa
vèr, si en su moger repara,
siempre en la cama una cara,
siempre una cara en la mesa?
Si tiende una mano, toca
siempre una cara; si huele,
es à la cara que suele;
si vè, es con ventana poca
una cara; y si esta pena
qualquiera cara nos dà,
dime, Antona, què serà
si la tal cara no es buena?
Pero casados los dos,
no nos vendrà à ser ansi.
Anton. Vos darme palos à mì?
malos años para vos;
no en mis dias, à la he.
Benit. Ya desenojarte quiero;
si no es el dia primero,
en mi vida te darè.
Ant. Por què el primero? *Ben.* Azotò
la Justicia cierto dia
un hombre, y èl que temia
la penca, al Verdugo diò
tal cantidad de dinero,
porque ablandasse la mano
la solfa del canto llano:
tomòlos, pues, y el primero
azote fue tan cruel,
que la sangre rebentò:
y quando el otro bolviò
la cara de probar hiel,
le dixo: con tales modos
vuestra deuda satisfago,
ved el amistad que os hago,
que assi havian de ser todos.
Ansi tù conoceràs,
pegandote el primer dia,
la amistad, y cortesìa,
que te hago en los demàs.
Mas còmo ha de darte enojos
quien tan de veras te amò?
que antes me quebràra yo
las mochachas de mis ojos;
porque ellas pueden quebrarse,
y mi amor, Antona, no.
Ant. No podràs mudarte? *Ben.* No.
Ant. Ni olvidarme? *Ben.* Ni olvidarse
puede mi amor. *Anton.* Y podrà::-
Ben. Què? *Ant.* Llegarme à aborrecer?
Benit. Si, que en siendo mi moger,
Antona, fuerza serà.
Ant. Por què? *Ben.* Porque seràs mia.
Anton. Si por la cara ha de ser,
moger soy, y sabrè hacer
una cara cada dia. *Vase.*
Benit. Sì sabràs, que alguna vì,
que lirio se levantò,
branca azucena viviò,
y se recogiò alhelì:
mas què allumbra alli no sè;
llegar mas cerca deseo:
oro, ò prata es lo que veo?
notable ventura jue
haver por aqui llegado:
un tesoro he descubierto,
que alguno en este desierto
debiò de dexar guardado.
Tirar quiero: mas què miro?
Saca el arnès de Federico.
un vestido de oro es,
que llaman armas, ò arnès:
poco de vellas me admiro,
que ya otras veces las vì
en mi Aldèa, que no sò
tan bobo, que bien sè yo,
que esto ha de ponerse assi.
La prata, y oro sospecho, *Poneselo.*
que de la tierra ha nacido;
pero que nazca un vestido
de la tierra hecho, y derecho,
es

es coſa notable, y rara:
Si aſsi qualquiera naciera,
porque en el mundo no huviera
Saſtre ninguno, me holgàra.
Què ſerà verme veſtido
con èl, y entrar en la Aldèa?
ninguno havrà, que me vea,
que no ſe quede atordido.
Pues Antona, què dirà?
que sò con fegura eſtraña
San Jorge mata la araña.
O, lo que verme ſerà
veſtido, como yo quiero,
deſde eſte (que el nombre ignoro)
eſte papahigo de oro *A la celada.*
à las polaynas de cuero!
No faltarà quien me ayude
à ponerlo, ſi me vò
àzia los Paſtores yo,
que en ellos no havrà quien dude
el componer hatos tales,
y andarè como Longinos,
de dia por los caminos,
de noche por los jarales. *Vaſe.*

Sale el Capitan, y Soldados.

Cap. En eſte monte, que ha ſido
con intrincada maleza
laberinto natural,
que tantas calles enreda,
es ſin duda donde aquel
prodigio humano ſe encierra,
que por eſta parte vino,
ſegun nos dicen las ſeñas.
O, ſi ya pluguieſſe al Cielo,
que à noſotros nos debiera
el Rey vèr en ſu poder
al que convirtiò en tragedia
el guſto, en luto las galas,
y en llanto, y dolor las fieſtas!

Sold. 1. Si por eſta parte entrò,
ſerà impoſsible, que pueda
eſconderſe, porque el monte
de todas partes le cercan
gente de armas. *Cap.* Y las ſuyas
ſon tan conocidas, que ellas
diràn del dueño. *Sold.* 2. Señor,
al pie de eſtas altas ſierras
muerto eſtà un Cavallo. *Cap.* Y es
el miſmo que en la carrera
rayo fue, que no es poſsible
engañarnos tantas ſeñas;
y ſi el Cavallo rendido
eſtà à ſu miſma violencia,
poco lejos eſtà el dueño.

Sold. 1. Y no puede ſer, que ſea
haver mudado Cavallos
en el monte? *Cap.* Mal pudiera
tener tanta prevencion
quien dudaba de la empreſſa.
En fin, èl eſtà en el monte,
la dicha ſin duda es nueſtra.
Todo ſe viſite, y todos
con oìdo, y viſta atenta
le examinen rama à rama;
no quede la mas ſecreta
parte, que el Sol ignorò,
guardada à ſu diligencia.
No havrà ſervicio, que eſtime
tanto el Rey, como que vea
en ſu poder eſte monſtruo,
que tanto dolor le cueſta.

Sold. 1. Era el infeliz Don Pedro
ſu ſobrino. *Cap.* Y tambien era
el mas galàn, mas cortès,
de mas ingenio, y nobleza,
de mas valor, y en efecto,
el Principe de mas prendas;
de modo, que hizo comun
el ſentimiento: y ſi llega
à prenderle (ſea quien fuere)
le cortarà la cabeza,
por lo que la noche hizo
del ſarao en ſu preſencia;
y por haver dilatado
haſta las juſtas aquella
enemiſtad, donde hizo
duelo, y campo la paleſtra.

Sale Benito armado ridiculamente.

Benit. Què brava fegura vengo!
quièn havrà, que aſsi me vea,
que no ſe muera de riſa?
Unos hombres que eſta ſierra
paſſaron, por divertirſe
me han armado, y de manera,
que no puedo menearme:
què ſerà verme en la Aldèa

 de

de esta suerte? què harà Antona,
quando por otro me tenga?
Sold. 1. Si no me engaña la vista,
por entre essas pardas peñas
sale un Cavallero armado.
Cap. Y son del mismo las señas;
mal pudiera desmentirle
el arnès. *Sold.* 1. De què manera
le pudieramos prender?
que si se pone en defensa,
no basta el mundo. *Cap.* Rendido
à la fatiga, y violencia
del cansancio, y del camino,
pues muerto el Cavallo dexa:
llegad los dos por detràs,
que yo la pistola puesta
à los pechos le tendrè,
para que no se defienda.
Sold. 1. Llega passo. *Sold.* 2. Con temor
voy, porque como nos sienta,
dos mil son pocos, tal es
su valor, ànimo, y fuerzas.
Sold. 1. Con silencio. *Benit.* Estaba yo
haciendome aora cuenta
de quanto durarà un sayo
de estos. *Sold.* 1. Ya le tengo, llega.
Cap. Date à prision, ò la vida, *Asenle.*
en tu misma sangre embuelta,
saldrà al rayo de mi mano.
Benit. Ay señores, que me llevan!
pues què culpa tuve yo
en ponerme::- *Cap.* No pretendas
defenderte, que has de ir
muerto, ò vivo à la presencia
del Rey. *Sold.* 2. Tenle.
Sold. 1. Un monte muevo.
Benit. Ay señores, que me llevan!

JORNADA SEGUNDA.

Salen Margarita, y Serafina.

Marg. Aqui, Serafina hermosa,
que solo escucharme pueden
estas plantas, y estas flores,
de mi amor testigos fieles;
pues otras veces han visto,
pues han oido otras veces
estas lagrimas eladas,
y estos suspiros ardientes,
quando à solas consultaba
mis penas, ò mis placeres,
que se descansan contando
amores, aunque se cuenten
à plantas, que no responden,
à pajaros, que no entienden,
à peñascos, que no aman,
à cristales, que no sienten.
Sabràs, pues, que ya he rompido
un secreto, que me debe
tantos dias de silencio,
poco hallado en las mugeres,
que un dia que la violencia
de aquel passado accidente
diò treguas à mi dolor,
pluguiesse à Dios no las diesse,
un Mayordomo me dixo:
si es que vuestra Alteza quiere
divertirse, podrà vèr
las joyas mas excelentes,
que la codicia imagina,
el arte pule, y guarnece
el deseo, que son tales,
que el arte, y codicia vencen:
aqui un Platero estrangero
las trae, porque assi pretende
entre Principes tan grandes
emplear tan grandes bienes.
La curiosidad entonces
me diò causa à que las viesse,
y dì licencia al Platero
para que à mi vista llegue:
no llegàra mas al alma,
pues desde entonces padece
un mal, que no se conoce,
y un dolor, que no se siente.
Pesaràte de pensar,
que un Artifice pudiesse
labrarme el alma; pues no,
Serafina, no te pese,
que debaxo de este nombre
estàr disfrazado puede
un Principe Federico,
que arte tan noble comprehende
debaxo de su nobleza
los Principes, y los Reyes.

En

Enseñòme algunas joyas,
y entre ellas una que excede
la imaginacion, y en ella
guardado curiosamente
un retrato: si era mio,
digalo el alma, que al verle,
dudò el cuerpo en que asistia,
diciendo entre sì: no es este
el original? pues còmo
presa en un cuerpo me tienen,
à quien solo informa un alma
de matices, y pinceles?
y quiso passarse à èl:
no dudo yo, que lo hiciesse,
pues quedè sin alma yo,
que allà el Platero la tiene.
Preguntèle, que à què efecto
en joya tan excelente
puso mi retrato? Y èl
turbado el rostro, y sin verme,
me respondiò: Federico
me mandò, que assi le hiciesse
para su pecho, porque
la fama, que buela siempre,
le dixo de tu hermosura
la perfeccion, si es que puede
aplauso tan dilatado
medirse en centro tan breve.
Mandòme hacer el retrato,
pero al llevarle, y al verle,
assi dixo: Angel humano,
à quien los hados crueles
apartan de mì, porque
airados los Cielos quieren,
que el enojo de los padres
en nosotros dos se herede;
no quiero yo profanar
tu decoro, ni atreverme
à amar tu sombra; y assi,
no es bien que en mi pecho quedes,
porque agravia à todo el Sol
quien à essos rayos se atreve:
mas no serà bien tampoco
(ay de mì!) que llegue à verse
en otro poder la imagen,
que adorarè eternamente:
à sus manos ha de ir,
si à llevarsele te atreves,
porque una estrella del Sol
desasida, porque un breve
arroyuelo, hijo del Mar,
porque una centella ardiente,
de su rayo despedida,
si alumbra, camina, y hiere,
se restituyen al Sol,
al Mar, y al rayo, que buelve
todo à su centro. Palabra
dì, señora, de atreverme
à dexartele en tu mano,
aora dame la muerte,
dixo: Y sacando la joya
otra vez, sin que me espere
respuesta alguna, bolviò
la espalda: no de otra suerte
quedè, que entre dos imanes
suspenso el acero suele.
Abrì la joya otra vez
donde (ò Amor lo que puedes!)
vì amorosas tropelìas,
pues trocadas sutilmente,
otra me diò, donde estaba
un retrato vivo siempre
del Principe Federico,
y conocì claramente
serlo el Platero: quedè
en una ocasion tan fuerte
en mayores confusiones.
Pero para què pretende
turbada mi voz decirte
pensamientos que se mueven,
discursos que se imaginan,
glorias que se desvanecen?
Yo amè, diganlo essas flores
otra vez; pues ellas pueden
decir las noches que oyeron
sus quejas en estas redes.
Bien la empressa de la justa
diò à entender, que estima, y siente
las lisonjas de la noche;
lo que en ella le sucede,
ya lo sabes, menos mal,
si mi padre no le prende;
pues aunque le pierda yo,
no serà dolor tan fuerte,
como que èl pierda la vida,
porque es fuerza que se vengue

de

de las guerras que ha tenido
con su padre; y si èl la pierde,
ay de la mia, porque
vivo en pensar que la tiene,
aliento en pensar que vive,
y muero en pensar que muere.

Seraf. Mi amor, señora, de quien
tanta confianza tienes,
te estima favor tan grande:
mucho ha sido que pudiesses
guardar un secreto tanto.

Marg. No hay muger que quando quiere,
no sepa tener secreto.

Seraf. El Rey, señora, aqui viene.

Marg. Con una industria quisiera,
que aora por libre diesse
à Roberto, que està preso.

Salen el Rey, y un Criado.

Rey. Margarita, còmo sientes
tu mal? no dà la tristeza
lugar para que te alegres?

Marg. A Serafina decia
aora como no puede
tan grande dolor dexarme,
que ha de atormentarme siempre.

Rey. Muy justa eleccion hiciste
en tan hermosa, y prudente
Secretaria. *Marg.* Ella dirà
si estoy triste. *Seraf.* Y justamente.

Rey. Pues hate dicho la causa?

Seraf. No, pero los accidentes
de ella, y à mi parecer,
muy facil remedio tiene.

Rey. Còmo?

Seraf. Hallandose à quien diò
à Don Pedro Esforcia muerte.

Rey. Pues alegrate, que yo
tengo esperanza de verle
en mi poder. *Marg.* Una industria,
que es muy facil, se me ofrece:
manda soltar al Criado
que està preso, pues no tiene
culpa en servir à su dueño;
y despues, señor, ponedle
espìas, que èl ha de ir
donde el Principe estuviere,
y assi le descubriràs.

Rey. Què ingenio tan excelente!
vayan por aquel Criado. *Vase el Criad.*

Marg. Vayan luego por èl.

Sale el Capitan. Deme
Vuestra Magestad los pies.

Rey. Què hay de nuevo? *Capit.* Que sucede
à medida del deseo
tu pretension. *Rey.* De què suerte?

Capit. Con la gente de tu guarda
salì en busca de un aleve,
informado de que havia
llegado à un monte, y hallèle
en medio de èl desarmado,
porque rendido de verse
sin Cavallo, que se havia
despeñado, tristemente
estaba al pie de una peña;
sintiònos, y tan valiente
bolviò sobre sì, que fue
mucho, que no nos hiciesse
pedazos à todos juntos,
tan diestro es, altivo, y fuerte:
pero à mi valor rendido,
dà las armas, y no quiere
decir quien es, solo dice,
que un Villano, y aun pretende
hacerse loco tambien,
porque algunas veces suele
decir locuras. *Rey.* No importa,
que esconda el nombre, y que intente
hacerse loco, si ya
sè que es el traidor aleve
el Principe Federico. *Vase el Capitan.*

Marg. Ay de mì! venga mi muerte: *ap.*
ay de mì! acabe mi vida,
que no pueden, que no pueden
dissimular tantas ansias.
Rompan la prision, rebienten
por la boca, y por los ojos,
de mis entrañas ardientes,
suspiros que el alma enciendan,
lagrimas que el pecho aneguen.
Ay de mì, Cielos! *Rey.* Què es esto!
què sientes, hija? què tienes?

Marg. Tengo un fuego que me yela,
tengo un yelo que me enciende,
un dolor que me atormenta,
una passion que me vence:
ay de mì! acabe mi vida:

ay de mì! venga mi muerte. *Vase.*
Rey. Serafina, pues contigo
ha descansado, què sientes
de una tan nueva passion?
Seraf. Aunque quebrantè las leyes
de un secreto, mas importa
que su vida se remedie.
El Principe Federico
de Sicilia, que aorà prendes,
es causa de esta tristeza;
y para decirlo en breve,
no es la causa, sino Amor,
porque en secreto se quieren:
esto es verdad, y temiendo
que tu enojo le dè muerte,
rompiò su dolor el pecho. *Vase.*
Rey. Què escucho? ya de otra suerte
procederè, porque al fin,
consejo muda el prudente;
moderemos el rigor.
Sale Roberto.
Rob. Dexa que tus plantas bese
quien, sirviendo à su señor,
si te enoja, no te ofende:
dame la muerte. *Rey.* Antes quiero,
que libre, Roberto, quedes,
que tu lealtad galardon,
y no castigo merece.
Vete libre, que ya el Cielo
mas piadoso favorece
mi deseo; ya le hallaron
à tu señor, y ya viene
preso.
Rob. Què es esto que escucho! *ap.*
si huvo quien le conociesse
en la Aldèa en que quedò?
Sacan el Capitan, y Soldados à Benito armado, preso.
Capit. Ya, señor, està presente
el Principe Federico
de Sicilia. *Benit.* Encanto es este:
yo Principe? si sò Enrique
de Cecina, què pretenden
con este ensayo? *Rey.* Dudoso *ap.*
en un punto me acometen
los deseos de vengarme,
y las razones de verme
piadoso: què puedo hacer?
aqui la passion me tuerce,
y alli me lleva el amor.
Si à vuestra Alteza parece,
que viendole en mi poder
he de vengarme imprudente
las ofensas de su padre,
y suyas, poco le debe
mi pecho, pues no conoce
el valor con que procede,
si bien queda preso. *Benit.* Yo?
pues què delito es ponerme
este vestido, si yo,
como un hongo, ò geta verde,
alli me le hallè prantado
en aquel campo? *Rey.* No tiene
vuestra Alteza que encubrirse
con los disfraces de hacerse
Villano rustico, ò loco,
que el Sol nace, y resplandece,
aunque nublados se opongan
à sus rayos transparentes.
No desconfie de mì
oy vuestra Alteza, consuele
estos lances de fortuna,
mudable, y dudosa siempre.
Benit. Què mudabre, ò què golosa?
tomen sus armas, y denme
mis hatos, si es que esto buscan,
que no soy, aunque lo piensen,
el Principe Simborico
de Sencilla. *Rob.* Engaño es este, *ap.*
que aora en mi lengua està
darle crèdito, y hacerle
mayor; y aun estorvo assi,
que buelvan con nueva gente
à buscarle. Vuestra Alteza *Arrodillase.*
me dè los pies, que no puede
mi amor, aunque estè delante
el Rey, sufrir que les niegue
à mis labios esta dicha
de besarlos. *Benit.* Quièn os mete
con mis pies à vos? no quiero,
que nadie mis pies me bese.
Rob. Ya no puede vuestra Alteza
disfrazarse de essa suerte.
Sold. 1. Señor, ya estàs conocido.
Capit. Ya, señor, saben que eres
el Principe de Sicilia.

Benit. Todos? *Rob.* Sì.
Benit. Pues todos mienten,
que no conozco à Cecilla
entre todas las mugeres
que conozco, sino una
Cecilla tan solamente
del Rabadàn de mi Aldèa:
esta es verdad.
Rob. Què aun pretendes
dissimularte conmigo,
siendo un criado, que excede
à Acates en la lealtad?
Benit. Aunque de Acicates cuentes
quanto mandares, no sè,
hombre, ò demonio, quien eres.
Rob. Señor, mi amo Federico,
mas que de discreto, tiene
de valiente; ha dado en esto,
y havrà de estarse en sus trece.
Rey. A la torre de Belflor
le llevad, y alli se entregue
à Elena; pero advirtiendo,
que estè en la prision de suerte,
que sea digno hospedage
de un Principe tan valiente.
Ya como à yerno le trato *ap.*
à mi enemigo. *Rob.* No es esse
milagro, ni novedad,
porque à ser lo mismo viene
un enemigo, que un yerno.
Rey. Y con èl Roberto quede
à servirle, que en efecto
se holgarà de hablarle, y verle.
Diràs à Elena tambien,
que alli le tenga, y que espere
de mis manos generosas
mil favores, y mercedes.
Quiero cõponer las partes,
por Margarita: ò mugeres, *ap.*
què de intentos descomponen
vuestros necios pareceres! *Vase.*
Capit. Vèn, señor, donde descanses.
Benit. Vamos (otro loco es este) *ap.*
à descansar, y à comer.
Rob. Aqui vuestra Alteza tiene
à Roberto. *Benit.* Y sos Roberto
el Diabro? si es sueño este?
mas todos han dado en esto,
y sin duda alguña debe
de ser verdad, pues que todos
lo dicen, es evidente;
ò todos estàn borrachos,
ò yo solo: mas què puede
estarme mejor à mì,
que ser en tiempo tan breve
Frayle rico de Cecina,
y venga lo que viniere? *Vanse.*
Salen Antona, y tres Villanos.
Anton. No hay consuelo para mì,
dexame llorar, Belardo.
Vill. 2. No hay consuelo?
Anton. No le aguardo.
Vill. 3. Pues has de morirte? *Anton.* Sì;
èl me dixo: Antona mia,
quando buelvas me hallaràs
firme à tu amor mucho mas,
que esta encina: què seria
el no estàr despues alli?
Vill. 2. Para mì bien juzgo yo,
que una fiera le comiò.
Anton. Y debiò de ser ansi:
aquesso es razon que vieras,
fiera le comiò cruel,
es sin duda, porque èl
muy amigo era de fieras.
En las entrañas està
de alguna, sin testimonios,
porque no haràn mil demonios
lo que una fiera no harà. *Vanse.*
Salen Elena, y Federico.
Feder. Con què he de poder pagar
tantas honras, y favores?
Elena. Tù las mereces mayores.
Feder. Aun no merezco besar
la tierra que pisas: yo
quièn soy, señora, ò quièn fui,
para tal favor? si aqui
mi ventura me guiò,
no fue mi suerte importuna,
pues con mas razon dirè,
que por mas fortuna fue
desdichada mi fortuna.
Dichoso yo, que he nacido
con tan venturoso estado,
que fuera mas desdichado,
quando no lo huviera sido.

Elena.

Elena. Ya conoce mis extremos, *ap.*
pues habla ſin que repare;
mas antes que ſe declare,
corazon, diſsimulemos.
Quien os oyere, Eſpañol,
hablar tan agradecido,
penſarà que haveis tenido
à vueſtras plantas el Sol.
Alcayde os hice, y no ſon
favores en tanto aumento,
que vueſtro agradecimiento
merezca por galardon.

Feder. No os entiendo de què ſuerte
he de proceder: hablando
eſtoy, temiendo, y dudando
entre mi vida, y mi muerte.
Muchas veces que pretendo
agradecer con recato,
ſoleis culparme de ingrato:
vive Dios, que no os entiendo.
Oy, que obligado de vos,
agradecido me veis,
tambien de eſto os ofendeis:
no os entiendo, vive Dios.
O es que con malos tratos
de falſa, y fingida fè,
han hecho, Elena, que eſtè
poblado el mundo de ingratos:
os canſo yo, porque he ſido
agradecido, que ya,
como no ſe uſan, dà
enfado un agradecido.
Yo no lo ſerè, ſi aqui
obligo mas ſin ſaber
eſtimar, y agradecer.

Elena. Pues tampoco os quiero aſsi.

Feder. Què harè?

Elena. Que de aqui adelante
mis peſares, y mis guſtos,
mis contentos, ò diſguſtos,
eſcucheis con un ſemblante:
Ni agradecido os pretendo,
ni olvidado entre los dos.

Feder. No os entiendo, vive Dios.

Elena. Ni yo, vive Dios, me entiendo.

Sale el Capitan.

Cap. Dame, ſeñora, los pies.

Elena. Què es aqueſto, Capitan?

Cap. Que ya tus contentos vàn
en los aumentos que ves.
Ya ſe ſabe quien ha ſido
el homicida, que alli
matò à Don Pedro. *Feder.* Ay de mì!
ſi me huvieſſen conocido? *ap.*

Elena. Quièn es (que ya multiplico
con las nuevas el dolor)
eſſe barbaro traidor?

Cap. El Principe Federico
de Sicilia. *Feder.* Ya què harè? *ap.*
conocieronme, ſin duda.

Cap. Siempre la verdad ayuda.

Feder. Si me irè? ſi me pondrè *ap.*
en defenſa? *Cap.* A quièn nombrò
por Alcayde de eſte Fuerte
tu Alteza? *Feder.* Echada es la ſuerte.

Cap. O quièn es ſu guarda? *Feder.* Yo,
yo ſoy eſſe que buſcais,
porque en mi vida encubrì
mi nombre; y pues ſoy ya aquì
conocido, què mandais?

Cap. Hablaros aparte quiero.

Feder. Deſde aì podeis hablar,
porque tengo de apelar
de mi valor à mi acero.

Cap. Para quièn, ò contra quièn?

Feder. Vos, Capitan, no decis,
que aqui buſcando venìs
al Alcayde, y que tambien
el Principe Federico
eſtà conocido ya?
pues aqui preſente eſtà
lo que buſcais. *Cap.* No replico
à eſſo, porque no os entiendo;
en vano os alborotais.

Feder. Si vos, ſeñor, me buſcais?

Cap. Yo ſolamente pretendo
entregaros en priſion.

Feder. Antes perderè la vida:
no vì tan inadvertida, *ap.*
y notable confuſion.

Cap. Oidme, y deſpues ſabreis
mi intento. *Feder.* Ya no replico.

Cap. El Principe Federico
viene preſo, y vos haveis
de guardarle en eſte Fuerte:
yo en el monte le prendì.

Feder. Esso està bien: como os vì
llegar, señor, de essa suerte
tan turbado, y preguntando
por mì, passion propia fue,
sin ocasion me alterè.

Elena. Què es lo que estoy escuchando!
Federico preso? *Cap.* Sì,
à vos el Rey os le embia,
para que desde este dia
preso le tengais aqui.
En una carroza viene,
sin que ninguno le vea
el rostro, porque no sea
causa (tanto valor tiene)
de algun alboroto ciego
del vulgo, viendole assi.
Alcayde, venìos tràs mì,
donde vereis que os le entrego,
y donde con juramento
os obligueis à tenerle
guardado.

Feder. Aqui puedo hacerle;
escuchad un poco atento.
Yo juro solemnemente,
doy palabra, y certifico,
que guardarè à Federico
fiel, y cuidadosamente:
Que tendrè desde este dia,
en que tal cargo me han dado,
con su persona el cuidado,
que tuviera con la mia:
Pues estando por mi cuenta
Federico, claro està,
que à mì la vida me và,
tanto, que decir intenta
mi lengua, que una fortuna
hemos de correr los dos;
y assi prometo, por Dios,
guardarlo sin falta alguna.

Cap. Esse juramento aceto;
venid, porque esto ha de ser
antes que le pueda vèr
nadie, que importa el secreto.
Vos, señora, si quereis,
vedle, porque en tal presencia
ya le sirva de sentencia
solo que vos le mireis.

Elena. Si como el pecho està lleno
de iras, rigores, y enojos,
fuego arrojàran los ojos,
y mis razones veneno;
yo le viera, yo le hablàra,
porque con venganza fiera
muerte mi vista le diera,
y con mi voz le matàra.
No quiero verle: Español,
de quien justamante fio
la venganza, y honor mio,
de los atomos del Sol
guarda esse monstruo, que à tì
solamente le fiàra.

Feder. Si en mi lealtad se repara,
le guardarè como à mì.

Cap. Venid. *Feder.* Què notable abismo
de agradar, y de ofender!
vive Dios, que voy à ser
el Alcayde de mì mismo. *Vanse.*

Salen Margarita, y Serafina.

Marg. Què descuidada estaràs,
Elena, de esta visita.

Elena. Ay hermosa Margarita!
honor, y vida me dàs:
dònde de esta suerte vàs?

Marg. En solo verte consiste
mi jornada. *Elena.* A esso veniste?

Marg. Dicen, que el sitio que vès,
selva de los tristes es,
y embianme acà por triste.
A divertir he venido
una gran melancolìa,
que solo à tì, prima mia,
contàra. *Elena.* Dichosa he sido:
es de amor? *Marg.* Amor ha sido.

Elena. Y ya no es amor? *Marg.* No sè
lo que es, ni lo que fue;
en mi llanto lo veràs.

Elena. Declarate un poco mas,
que yo tambien te dirè
de un amor todo al revès,
prima, y señora, del tuyo;
porque si de aquesse arguyo,
que ha sido, y que ya no es,
podrè contarte despues
una inclinacion, que và
à ser amor, y no està
declarado, ni advertido;

y si el tuyo no es, y ha sido,
mi amor no ha sido, y serà.
Sientate sobre essas flores,
que à tus pies tegen alfombras,
donde pueden verdes sombras
templar del Sol los rigores;
estancia es propia de amores.
Marg. No tan de espacio he venido,
que sentarme haya querido:
(yo he de empezar por aqui) *ap.*
una fineza por mì.
has de hacer. *Elena.* Tuya he nacido.
Marg. La vida me và en que vea
este Principe, que preso
han traìdo. *Elena.* Para esso
es menester que yo sea
tercera? no havrà quien crea,
que licencia hayas pedido,
siendo quien eres. *Marg.* Ha sido
por un caso, que sabràs
despues. *Elena.* No me digas mas,
que si en esso ha consistido
tu gusto, luego dirè,
que estè del Fuerte la puerta,
sin vèr para quien, abierta.
Marg. Y yo en este monte harè
la deshecha, en èl saldrè.
à caza, hasta que anochezca,
porque à todos les parezca,
que à esto vine; prima mia,
no es mucho que mi alegria
sèr, vida, y alma te ofrezca:
tuya soy, y de mi llanto
el curso atajaste ya. *Vase con Seraf.*
Elena. Valgame Dios! què serà
lo que me agradece tanto?
mas la causa de este encanto
presto he de saber. *Sale Federico.*
Feder. Señora,
ya en la torre queda preso
el Principe. *Elena.* Oye un suceso,
y lo que has de hacer aora.
Feder. El alma tu sombra adora,
y obedecer determino.
Elena. Aqui Margarita vino,
con escusa de cazar
en el monte, por hablar
con el Principe; imagino,
que es amor, y por saber
de este caso la verdad
(es necia curiosidad,
pero soy, en fin, muger)
tù, Español, te has de poner
donde los oigas, y advierte,
que de aquella misma suerte,
que hablaren, lo has de decir.
Feder. Pues pudiera yo fingir,
yendo solo à obedecerte?
Elena. Vame la vida, y honor
en vèr si Amor la disculpa
de tan declarada culpa,
como querer à un traidor. *Vase.*
Feder. Què es lo que passa por mì?
què enigmas, Cielos, son estas?
què engaños, què confusiones,
laberintos, y quimeras?
Y aunque esto no es imposible;
pero quièn havrà que crea,
que haya una muger constante,
y tanto, como la bella
Margarita? maldicientes,
cuyas venenosas lenguas
de mudables las acusan,
venid à vèr la firmeza
de un amor; y porque el mundo
mayor desengaño tenga
de que hay firmeza en mugeres,
tengo de vèr donde llegan
de un amor, que es verdadero,
las peligrosas finezas.
Ella piensa, que yo soy
el preso, y como lo piensa
ha de hallarme en la prision,
assi verè lo que intenta.
Esta experiencia he de hacer,
y serà la vez primera,
que la muger, y la espada
califique la experiencia.
Esta es la torre. Roberto?
Sale Roberto.
Rob. Señor, possible es que pueda
verte, y hablarte? *Feder.* Fortuna
assi los estados trueca:
què hacias? *Rob.* Entretenido
estaba con este bestia,
borrico de nuestra andanza,

pues èl nos la lleva à cuestas:
es el mayor animal
que he visto: dice que sueña
quanto vè. *Feder.* Poco se engaña.
Rob. Ya se ha creìdo de veras,
que es el Principe.
Feder. Què importa,
Roberto, que no lo sea,
para estàr sobervio ya?
la magestad, y grandeza
no està en ser uno señor,
sino en que por tal le tengan.
Rob. Ha dado en mandarme mucho;
y es bien que yo le obedezca
en estando acompañado;
pero si solo se queda,
èl ha de servirme à mì
otro tanto. *Feder.* Aora dexa
essas locuras. *Rob.* Por Dios,
que à solas ha de haver fiesta.
Feder. Què hace aora?
Rob. Està roncando
como una gorda: tù piensa,
que como la cama viò
tan adornada, y compuesta
la tuvo miedo, ò respeto,
y se echò à dormir en tierra.
Feder. Pues por què no le dixiste,
que para acostarse era
la cama? *Rob.* Mejor lo hice.
Feder. Còmo? *Rob.* Acostème yo en ella.
Feder. Escucha, Roberto, aora,
que hay muchas cosas que sepas:
y pues durmiendo me dà
la ocasion que Amor desea,
Margarita ha de venir
à verme à la Fortaleza,
porque como no me ha visto,
que yo soy el preso piensa,
y quiero que por aora,
si lo imagina, lo crea,
hasta vèr en lo que pàra
su error, y hasta que sea fuerza
descubrirme: no llamaron? *Llaman.*
Rob. Sì.
Feder. Pues vè, y abre la puerta.
Sientase Federico, abre Roberto, y sale Margarita.
Rob. A quièn, señora, buscais?
Marg. Licencia traigo de Elena
para llegar hasta aquì.
Rob. Es verdad, por essas señas
me mandò el Alcayde à mì,
que yo franqueasse las puertas.
Marg. Roberto?
Rob. Señora mia?
pues còmo aqui vuestra Alteza
osò llegar? *Marg.* A esto obliga
una passion loca, y ciega:
y tu señor? *Rob.* Alli està
sentado, y de la manera
que le vès, ha estado siempre,
con la mas grave tristeza
que vì en mi vida: yo temo,
que melancolico muera,
si tan hermosa visita,
como es razon, no le alegra.
Marg. Federico?
Feder. Quièn me llama
con tan dulce voz, que eleva
mis sentidos? mas què miro!
la imaginacion intenta *Levantase.*
lisonjear à la memoria:
sin duda, que ya se acerca
mi fin, y que ya publican
de mi muerte la sentencia;
pues en el viento confusas
figuras se representan,
cuerpos en la fantasìa,
y fantasmas en la idèa;
que no puede ser, que aquì
los rayos del Sol se atrevan,
para que de mi prision
iluminen las tinieblas;
pero sea lo que fuere,
como yo essas luces vea,
como essos rayos me alumbren,
y esse Cielo me divierta,
ni mas vida, ni mas gloria
la imaginacion desea:
si son de mi muerte assombros,
vengan, pues, porque ellos vengan.
Marg. Federico, no es fingida
esta forma que te alienta,
que aun mi sombra, siendo mia,
ni engañàra, ni fingiera.

Mar-

Margarita soy, detente,
que no quiero que agradezcas
esto, porque las mugeres
de mi decoro, y mis prendas,
no quieren para olvidar.
Antes de amarte, pudiera
mirar los inconvenientes;
pero ya te amè, y ya es fuerza,
que no buelva atràs, ni olvide,
sino que si mueres, muera.
Ya sè que se despeñò
tu cavallo, y que te dexa;
no le diò mi amor las alas,
que èl bolàra, y no corriera.
En un monte sè que alli
al pie de unas altas peñas
te hallaron, sè que estàs preso,
con esto no hay mas que sepa;
si bien hay que sepas tù,
mi padre vengarse intenta;
à peligro està tu vida,
mal dixe, erròse mi lengua,
la mia es la que està en peligro.
Sabe, que à la puerta espera
un cavallo, en el arzon
tiene dos pistolas puestas,
y en una bolsa unas joyas:
sal, pues, de esta Fortaleza,
que yo me quedo à sufrir
tantos enojos resuelta,
y sabrè guardar tu vida,
y assi no havrà mas que sepas.

Feder. Mal hiciera yo en negarte
las verdades que se encierran
en mi pecho, haviendo visto
las tuyas tan descubiertas.
Yo no estoy preso, señora,
libre estoy, y porque sepas
la Novela mas notable,
que en Castellanas Comedias
sutil el ingenio traza,
y gustoso representa,
sabe, que estàs engañada;
verdad es, que me despeña
el cavallo, pero dexo
las armas, para que pueda
librarme; lleguè desnudo
à Miraflor, essa Aldèa,
donde Elena mi enemiga
me libra, guarda, y alverga.
Sabe, que un Villano luego
(que esto, aunque yo no lo sepa
de cierto, pues no lo vì,
la misma razon lo enseña)
se puso las armas mias,
y engañados por las señas,
le llevaron preso, y luego
à mì mismo me le entregan,
porque Elena me hizo Alcayde
à mì de esta Fortaleza.
Esto es verdad, y si estoy
libre aora donde pueda
verte cada dia, y hablarte,
para què quieres que sea
tan cobarde, que me ausente,
porque otros peligros tema,
quando el peligro mayor
en un amante es la ausencia?

Marg. Temo, que no ha de durar
este engaño, y serà fuerza
vengarse mi padre en tì.

Rob. Remedio hay.

Marg. De què manera?

Rob. Tù has de declarar tu amor
à una persona que entiendas,
que ha de decirselo al Rey;
y si èl reportado templa
el enojo por tu causa,
y quiere hacer conveniencia
la enemistad con casarte,
pues todo con esso cessa,
podrà descubrirse entonces.
Y si enojado se altera,
y quiere vengarlo todo,
en un Villano se venga,
y èl se quedàra encubierto,
sin peligro; de manera,
que de este trato resulta,
ya con paz, ò ya con guerra,
en tu cabeza el provecho,
y el peligro en el agena.

Marg. Bien has dicho.

Feder. De esta suerte
concertado en los dos queda:
tù has de amar à Federico
publicamente, y dar muestras

de

de tu amor. *Marg.* Yo te agradezco,
que me hayas dado licencia,
porque rebentaba ya,
sufriendo tantas ofensas,
callando tantos agravios,
y ocultando tantas penas:
en pùblico serà el preso
quien mis favores merezca,
pero siempre Federico;
que si otro nombre tuviera,
no le amàra, ò no acertàra
à fingirlo. *Feder.* Y serà cierta
la voluntad? *Marg.* A èl fingida.
Feder. Y para mì? *Marg.* Verdadera.
Feder. Què seràs firme? *Marg.* Darà
desengaños mi firmeza.
Feder. Tendràsla?
Marg. Serà inmortal.
Feder. Pues la mia serà eterna:
à quièn estimas? *Marg.* Estimo
à Federico. *Feder.* Què intentas,
fingiendo otro amor?
Marg. Tu vida.
Feder. Y mi muerte, si esso fuera
de veras. *Marg.* Por què?
Feder. Los zelos
me mataràn, y la ausencia.
Marg. Voy à amar.
Feder. Y yo me quedo
à guardarme.
Marg. A Dios te queda.
Feder. Los Cielos tu vida aumenten.
Marg. Ellos tu vida defiendan.
Feder. Nadie como yo te estima.
Marg. Nadie como yo te aprecia.

JORNADA TERCERA.

Salen Federico, y Elena.

Elena. Què le dixo?
Feder. Que ella era
Margarita, y que inclinada
à la opinion celebrada,
y à la fama lisonjera
de su esfuerzo, y valentìa,
por una amorosa ley,
contra el enojo del Rey,
darle libertad queria:
que un cavallo le esperaba
à la puerta de la Torre,
donde el pensamiento corre,
pues mas que corre bolaba:
que huyesse velòz en èl,
y èl entonces respondiò,
en la prision hice yo
pleyto homenage, y fiel
le he de guardar, que he nacido
mas obligado à mi honor,
correspondiendo al favor
liberal, y agradecido.
Elena. Todo lo escuchaste?
Feder. Digo,
que à todo presente fui,
y que tan claro lo oì,
como si hablàra conmigo.
Si ella otra cosa contàre,
vuestra Alteza no lo crea.
Elena. Ella viene, no te vea.
Feder. El Cielo tu industria ampare. *Vase.*

Salen Margarita, y Serafina.

Marg. El Rey mi padre ha venido,
Serafina, à Miraflor,
por vèr si el fiero rigor
de mi pena he suspendido.
Tù has de hacer con gran secreto
lo que te llego à advertir:
à mi padre has de decir
de mi amor todo el efeto:
esto me importa. *Seraf.* Si à tì
te importa, yo lo dirè:
pero advierte, que callè
hasta este punto, que vì,
que te sirve en el efeto
en decirselo. *Marg.* Pues no?
Seraf. Buena por cierto soy yo
para decir un secreto:
Si mil vidas me quitàras,
lo callàra, y lo encubriera;
y aora no lo dixera,
si tù no me lo mandàras.
Dirèlo, porque me diò
licencia tu voz, señora:
bueno fuera, que hasta aora *ap.*
huviera callado yo. *Vase.*
Elena. Tan sola, prima mia?

Marg. O bellissima Elena !
aqui mi antigua pena
à solas divertia;
que suele en su cuidado
ser Amor un Filosofo cansado,
que busca soledades.
Elena. Quando solas nos vimos,
contarnos prometimos
nuestras dos voluntades.
Marg. Yo empezarè primero,
porque serè mas breve.
Elena. Atenta espero.
Marg. El verle tan airoso,
de honor, y de gloria rico,
al preso Federico,
engendrò un amoroso
deseo en mi cuidado
de vèr si como es visto, era tratado.
Entrè à verle, en efeto,
diciendo cautelosa
ser del Alcayde esposa,
y hallèle tan discreto,
tan cuerdo, y entendido,
que ya mi muerte el escucharle ha sido.
Elena. Tù sola le has hallado
tan cuerdo, y entendido,
discreto, y advertido;
porque à mì me han contado
acciones de su mano,
solo dignas de un rustico Villano.
Marg. Pues es engaño, prima,
Federico es valiente,
galàn, cuerdo, y prudente,
tal la fama le estima,
y yo lo certifico,
si es que hablamos del propio Federico.
Elena. Arguirte no quiero,
que en voluntad errada
yo tambien fui culpada:
si de tì considero,
que amas à un ignorante,
y yo de un hombre humilde soy amãte:
esse Alcayde que has visto::-
Marg. Cielo, què es lo que escucho? *ap.*
Elena. Con mi verguenza lucho. *ap.*
Marg. Mal mi dolor resisto: *ap.*
què temes?
Elena. Tu desprecio;
mas nada culparà quien quiere à un necio.
Esse, pues, que desnudo,
herido, y desdichado,
à mis pies ha llegado,
robarme el alma pudo.
Marg. Calla, Elena, no digas
tales baxezas, calla, no prosigas.
Elena. Oye, que no he tenido
tan facil pensamiento,
que à mi cuidado atento,
haya, aunque Alcayde ha sido,
en la prision entrado,
amor tuve, mas no le he declarado;
porque yo sufro, y callo,
y aunque me alegra el verle,
no he llegado à ofrecerle
dineros, ni cavallo,
que no es bien que yo aguarde (*Vase.*
à que::- pero esto baste; Dios te guarde.
Marg. Quièn creerà, que ha tenido
mi colera paciencia?
mi furia resistencia?
prudencia mi sentido?
quando en fuego deshecho
es etna el corazon, bolcàn el pecho.
Zelos, si esto es temores,
decid, què fuera hallaros?
si esto es imaginaros,
decid, què fuera veros?
y teneros, què fuera?
ira, rigor, desdèn, y rabia fiera.
Sale Federico.
Feder. Que se fuesse esperaba
Elena, y à tu luz atento estaba
para llegar à darte
la vida, que te debo,
mas ya à llegar me atrevo.
Marg. Y yo deseando estaba, falso, hablarte,
para darte la muerte, que me has dado.
Feder. Què dices?
Marg. Tu rigor, y mi cuidado,
tu agravio, mi dolor, mi mal, mis zelos.
Al paño Elena. Llena de mil recelos
buelvo, con la sospecha
de vèr si no ha quedado satisfecha
de mi amor Margarita,
y hablar con el Alcayde solicita:
mientras habla con èl, verdes laureles,

ſed frondoſos canceles.

Feder. Què dices ? no te entiendo,
y en vano al alma diſculpar pretendo:
tù ofenſas ? yo rigores ?
tù zelos ? y yo amores ?
còmo, ofendida tù, el morir dilato ?

Marg. O Cavallero vil, ò amante ingrato!
eſtas ſon las firmezas
que ofreciſte ? las anſias, las finezas
de quedar encubierto ?
pero finezas ſon, eſto es lo cierto,
que te ha debido Elena,
no Margarita; acabe ya mi pena,
y acabe con tu vida,
que la muger es vivora ofendida,
cuyo rigor, de imperfecciones lleno,
engendra la triaca, y el veneno.

Fed. Y dices bien, pues de una miſma ſuerte
dàs con una hermoſura vida, y muerte;
pero en q̃ te ha ofendido quiẽ te adora?
en què te ha dado enojo quien te eſtima?

Marg. Mal el engaño eſſas modeſtias dora,
ſi amante declarado de mi prima,
por ella te quedaſte,
por ella me dixiſte que buſcaſte
eſtè disfràz, y que en tan ciego abiſmo
has ſido tù el Alcayde de tì miſmo:
pues ſalga, à mi deſpecho,
del alma el llanto, y el dolor del pecho;
diga mi voz en ecos repetida
tu fiero engaño, y tu traicion fingida;
ſepan que eres::- *Feder.* Advierte,
oyeme aora, y luego dame muerte.

Marg. Pues podràs diſculparte?

Feder. Sì puedo. *Marg.* Plegue à Dios.

Elena. Yo eſcucho aparte.

Feder. Yo de tu prima amante ?
yo disfrazado por Elena, Cielos ?
Hay dolor ſemejante!
injuſta cauſa hallaſte à tantos zelos,
ciega paſsion hallaſte à tanta pena:
partame un rayo, ſi en mi vida à Elena
una palabra he hablado,
que los terminos paſſe de Criado
cortès, y agradecido;
porque tercera liberal ha ſido
de mi amor, pues por ella
eſtoy à donde puedo,
ſiguiendo el hado de mi injuſta eſtrella,
verte, y hablarte, ſin que tenga miedo
à tu padre ofendido.

Elen. Què eſcucho ? yo tercera ſuya he ſido?
pero ſufr amos, Cielos,
ſepamos lo demàs. *Feder.* Tuviera zelos
el Sol de ſolo un rayo ?
de una flor ſolo el Mayo ?
el Mar de un arroyuelo ?
de una luz todo el Cielo ?
la Luna de una Eſtrella ? y un diamante
de un amatiſta ? No; pues no te eſpante
amando Elena bella;
pues el rayo, la flor, la muda Eſtrella,
la piedra, el arroyuelo,
la breve luz, que ſe compara al Cielo,
pues eres tù (aunque todo eſtà delante)
el Sol, la Luna, el Mayo, y el diamante.

Elena. Bien comparada eſtoy.

Feder. Buelve à dar vida,
buelva à vivir nueſtra invencion ſingida,
y demos fin à penas tan eſtrañas.

Marg. Con ſaber que me engañas,
quiero creerte, al fin, porque no fuera
amante quien liſonjas no creyera,
que en amoroſos daños
tienen voz de verdades los engaños:
buelvo à ſufrir de nuevo
al preſo amor, ya que à ſufrir me atrevo
los zelos de una necia.

Elena. Què bien me honran los dos!

Marg. Pues tanto precia
mi pecho tu perſona,
que dexàra del mundo la corona,
y contigo viviera,
donde la ſombra de tu cuerpo fuera,
porque no dàn los Cielos
impoſsible à mi amor, y bien ſe advierte,
pues en tan dura ſuerte
fue impoſsible callar, teniendo zelos.

Feder. Tuviſtelos en vano.

Marg. Baſta que fueron zelos.

Feder. Eſtà llano,
que aun nombrados ofenden,
y el velòz curſo del amor ſuſpenden.

Marg. Pues què hicieran ſabidos ?

Feder. Privàran con el alma los ſentidos:
y eſtàs deſengañada ?

Marg.

Marg. Es fuerza, que muger enamorada,
en oyendo, perdona, que es ſirena
qualquier amante::-
Feder. Zelos tù de Elena?
Marg. Aun nombrarla me mata. *Vaſe.*
Fed. Ciega paſsion, aun con ſu dueño ingra-
es Amor; y pues tù eſtàs ofendida, (ta,
no nombrarè en mi vida
eſſe nombre, que agravios tuyos labra.
Sale Elena.
Elena. Y es razon que ſe cumpla la palabra,
que à las Damas ſe ofrece:
eſtas auſencias, dì, traidor, merece
mi ãparo, mi piedad, mi amor, mi trato?
ò Cavallero vil, hueſped ingrato!
Feder. Cielos, què es lo que eſcucho! *ap.*
con nueva duda, y nueva pena lucho.
Elena. Tù, que pobre, y herido
à mis plantas llegaſte, y defendido
de tu ſuerte importuna,
reparo hallaſte contra la fortuna,
tan deſagradecido, tan ingrato
à mi amor correſpondes, y à mi trato?
Si Mercader fingido me obligaſte,
dì, por què Cavallero me ofendiſte?
ſi à Margarita amaſte,
por què de Elena tal deſprecio hiciſte?
que es, aunque eſtè delante,
el Sol, la Luna, el rayo, y el diamante.
Tù Alcayde de tì miſmo,
disfrazado en mi caſa?
ſepa el Rey lo que paſſa,
ſalga ya mi furor de tanto abiſmo.
Feder. Eſcucha, hermoſa Elena.
Elena. Còmo me nombras, dando tãta pena
mi nombre à Margarita?
Fed. Oyeme, y luego sèr, y honor me quita:
yo ſoy un Cavallero,
del preſo Federico compañero,
que de la Infanta enamorado vine:
mas quando le prendieron, yo previne
eſcaparme, dexando
mi veſtido en el monte; y aſsi, quando
llegò à tus pies mi barbara oſadìa,
fue (ſi te acuerdas) eſſe miſmo dia,
deſpues me le entregaſte.
De mi valor por deſengaño baſte
el haverle guardado,
ſiendo Principe mio, con cuidado
tan grande, pues ſi yo noble no fuera,
bien eſcapar al Principe pudiera:
mas atento à mi honor, preſo he vivido,
y eſta la cauſa ha ſido,
guardando yo à mi Principe en ſu abiſmo,
de llamarme el Alcayde de sì miſmo.
Pues ſi como leal, y fiel criado
te he ſervido, y al Principe he guardado,
de què puedes quejarte?
Si como amante llego à deſpreciarte,
yo ſoy para contigo
un pobre Mercader; y aſsi me obligo
à agradecerte el bien, y le agradezco
como tal; pero no quando me ofrezco
como Duque de Mantua, y como amante
de Margarita bella.
Elena. No es baſtante
la diſculpa, ſi al fin conmigo ha ſido
tu trato doble, y tu valor fingido.
Feder. Elena::-
Elena. No me nombres.
Feder. Mira, advierte,
q̃ viene el Rey, y que en tu voz mi muerte
eſtà ſegura.
Elena. Muera, pues (ay Cielos!)
muera de zelos quien matò de zelos.
Feder. En fin, reſuelta vienes à matarme?
Elena. Como tù, Duque ingrato, à deſpreciar-
ſepa el Rey tus engaños. (me:
Feder. Buelva la eſpalda, pues, à tantos daños
quien no puede obligarte. *Vaſe.*
Elena. Aunque la buelvas, no podràs librarte,
que lo infinito alcanza
de muger ofendida la venganza.
Salen el Rey, y Seraſina.
Seraf. Remedia ſu dolor.
Rey. Oy en mì lucha
mi venganza, y ſu amor.
Elena. Señor, eſcucha,
que es bien que ſepas tù tu miſma pena,
y el amor de la Infanta.
Rey. Ya sè, Elena,
lo que quieres decirme,
y aſsi, aqui es eſcuſado el afligirme:
ya sè que Margarita

mi muerte solicita,
y que determinada,
està de esse traidor enamorada.

Elena. Pues si lo sabes ya, remedia el daño,
ya q̃ à tiempo ha venido el desengaño,
que no es bien que esto passe,
y que con un traidor la Infanta case,
que està dissimulado
en tu Reyno, en tu casa disfrazado,
quando la sangre mia,
mejor dirè la tuya, elada, y fria,
con caduca esperanza,
de todos à una voz pide venganza. *Vase.*

Rey. Cielos, en tanta pena
còmo satisfaremos de una suerte
de Margarita amor, quejas de Elena,
si una pide su vida, otra su muerte?
Mas viva Margarita,
que la paz de mi Reyno solicita,
que Elena facilmente
podrà curarse del ardor que siente.

Sale el Capitan.

Capit. Oye, señor, lo que passa;
Eduardo, de Sicilia
Infante, con mucha gente
oy à Napoles camina.
Todo su Reyno le sigue
en defensa tan altiva,
como es el dar à su hermano
la libertad, y la vida,
que es su Principe en efecto.

Rey. Aunque pudiera la ira,
y el enojo hacer con èl,
que tanto poder resista,
quiero con mejor acuerdo
decirte la intencion mia.
Margarita (ay Cielos, quànto
esto siento!) Margarita
sè que à Federico ama:
tan graves melancolìas
como padece, que han puesto
en tanto riesgo su vida,
de esto nacen, assi Elena
me lo ha dicho, y Serafina:
y yo sin esto lo sè;
mas con casarla, se quitan
mayores inconvenientes;
pero à esto me desatina
sola una cosa. *Capit.* Quàl es?

Rey. Temer, que algunos me digan;
que Federico no sabe
lo que importa.

Capit. No prosigas,
que en esse extremo le han puesto
tristeza, y melancolìa,
viendose sin libertad;
pero si una vez se mira
libre, bolverà en su acuerdo.

Rey. Bien dices, y antes querria,
que esto se tratasse, hacer
una experiencia exquisita,
y la experiencia que intento,
es aquesta: Margarita?

Sale Margarita.

còmo te và de tristezas?

Marg. Mal, señor, que el alegrìa
es impossible à mi pecho,
continuo el llanto lo diga.

Rey. Una lisonja has de hacerme.

Marg. Què mandas?

Rey. Mucho peligra
en soledades, y penas
de Federico la vida.
Si muere, quièn pensarà,
que de mi mano enemiga
no fue el golpe, y de alevoso
me arguiràn los de Sicilia?

Marg. Pues què me mandas?

Rey. Si tù
oy le vès, y le visitas,
alentarà el desmayado
corazon, y con tal dicha
darà nuevo aliento al alma;
darà al cuerpo nueva vida.
Yo irè contigo, por mì
has de verle. *Marg.* Tù me obligas
à obedecerte. *Rey.* Què presto *ap.*
concediò, y el alegria
saliò modesta à los ojos,
como à los labios en risa!
mas dissimular importa.

Marg. Si enamorada me mira *ap.*
en su presencia mi padre,
efecto tendràn mis dichas. *Vanse.*

Salen Roberto, Benito, y Muſicos dandole de veſtir.

Rob. Còmo ha dormido tu Alteza?
Benit. Muy bien; en toda mi vida
he tenido mejor ſueño,
en cama tan branda, y rica
ſoy un Principe liron.
Rob. Canten, haſta que ſe viſta
ſu Alteza. *Muſicos.* Vaya aquel tono,
cuya letra es peregrina.
Muſica. En una empreſſa amoroſa,
dime, Amor, quièn mas laſtima,
el que eſtima lo que calla,
ò el que calla lo que eſtima?
Benit Roberto?
Rob. Señor. *Benit.* Decid
à eſſos Muſicos, que gritan,
que dexen eſſos entonos,
y canten, por vida mia,
una letra, de que agora
me acuerdo que ſe decia:
luneta, *Canta.*
atala allà de la ſonſoneta.
Rob. Eſſo havian de cantar?
Benit. Eſta es la mejor letrilla
de todas; eſta cantaba
yo, quando à los montes iba
à trabajar con Antona.
Rob. Como tan preſto ſe olvida
vueſtra Altezà de quien es?
del juicio el dolor le priva.
Benit. Es verdad, no me acordaba
de que todos me apellidan
el Principe no sè como.
Rob. Federico de Sicilia.
Benit. Baſta, ello ha de ſer aſsi
por fuerza: eſta Prencipìa
me ha venido no sè como,
y no quieren que yo diga,
que eſta caſa es de mi Aldèa;
y que deſde aqui ſe mira
por detràs de eſſos eſpejos,
vidrieras, y celosìas,
el Aldèa de Belflor?
Valgame Dios! no es la miſma
caſa de Juana, y Anton
aquella; y eſſotra chica
la de Llorente, y Bartola?
la de Ginès, y Marina
no es aquella? aquel Perico,
que à la taberna camina,
no es el que dicen que es hijo
del Sacriſtan, y Llocìa?
(y dicen bien) el Roberto
no eſtà tràs de ſu cortina,
tañendo, que aqui lo oigo,
el villano, y las folìas?
Mas quièn me mete à mì en eſſo?
yo como buenas gallinas
en prata, yo viſto ſeda,
y duermo en cama mullida,
venga por donde viniere;
ſea verdad, ò ſea mentira,
no me và muy mal con ſer
Fray Franciſco de Sencilla.
Rob. Dexadle ſolo, que ya
buelve à ſu melancolìa.

Vanſe los Muſicos.

Valgale el diablo, què tiene?
de què ſe eleva, y ſuſpira?
no tiene mas, que merece?
què deſea? *Benit.* Que en mi vida
me dexen ſolo con vos,
porque tantas cortesìas,
ſomiſsiones, remenencias,
alturas, y ſeñorìas,
las vengo à pagar dempues
à ſolas; y en la comida,
quando alguno eſtà delante,
vos me ſervìs de rodillas,
y en quedando ſolo, andais
conmigo à la rebatiña.
Rob. Pues què quiere? no eſtà aſsi
la diferencia partida?
que à quien yo unos ratos ſirvo,
razon es que otros me ſirva.
Benit. Sì, mas ſin darme porrazos:
mas ya mi ingenio imagina *ap.*
como he de vengarme de èl,
en teniendo compañia.

Sale Federico.

Feder. Muy bien puede, gran ſeñor,
vueſtra Alteza darme albricias:
el Rey, y la Infanta vienen

à verle, y con tal visita
segura tiene desde oy
la libertad, y la vida.

Rob. Vuestra Alteza advierta aora,
que es bien que à la Infanta diga
muchas corteses finezas,
como à su esposa, y su prima.

Benit. Yo sè lo que he de decir,
no es tanta mi boberìa,
y aun lo que de hacer con vos:
pagareisme la malicia,
en estando acompañado.

Feder. Ya llegan: Amor, anìma *ap.*
este engaño, pues que tù
los enseñas, y fabricas:
crea el Rey, que enamorada
la divina Margarita
està del Principe, viendo
tantas finezas fingidas.

Salen el Rey, la Infanta Margarita, y Soldados.

Rey. Bien vuestra Alteza estarà
de aquesta visita incierto.

Benit. No mucho, porque Roberto
me lo havia dicho ya.

Rey. Aqui verà si le estima
mi pecho, y si amor le tiene
la Infanta, que à verle viene.

Benit. Beso à mi señora prima
la mano. *Marg.* Sabiendo el Rey
mi señor la gran porfia
de vuestra melancolìa,
quiso, por piadosa ley,
veros, cuya accion olvida
su enojo, y el bien declara;
pues quien mira al Rey la cara,
segura tiene la vida:
esta es ley, cuya piedad
quedarà en marmol escrita.

Rey. Què mal callan, Margarita, *ap.*
tus ojos! *Benit.* Tu Magestad
sabe bien dar honra, y vida
à un preso que està sugeto:
el diabro me hizo discreto. *ap.*

Rob. Què hable ya con advertida
prudencia aqueste animal!

Feder. De oìrle assi hablar me espanto:
hà poder, y mando, quànto *ap.*
enmiendas el natural!

Rey. Ciega estàs. *Benit.* Sillas nos dèn.

Rob. Aqui las tiene tu Alteza.

Benit. Pagareisme, buena pieza,
los porrazos: yo estoy bien; *Sientase.*
y puesto que hay sillas mas,
vuestra Magestad se siente.

Feder. Bolviò à su sèr brevemente. *ap.*

Rey. Y aora què me diràs,
ya que me alabas su talle,
de aqueste urbano cortejo?

Marg. Que es su bizarro despejo
muy digno para alaballe:
què airosamente tomò
la silla! què airosamente,
vuestra Magestad se siente,
dixo! la fama mintiò,
aunque tiene el mundo lleno
de sus alabanzas, pues
no dixo quan bueno es.

Rey. Esto te parece bueno?
no es amor, sino locura,
no conocer este error. *Sientanse.*

Marg. Quàndo no es locura amor?

Rey. Lo mas que aora procura
mi deseo, es, consultar
con tu Alteza la venida
de su hermano. *Benit.* Yo en mi vida
tuve hermano en mi Lugar.

Rob. Como el Infante ha venido
tu hermano, dice, y es llano.

Benit. Si dice el Infante hermano,
no le havia conocido:
vos teneis la culpa de esto,
que callais hasta este dia *Pegale.*
que Infante hermano tenia,
mas pagareislo. *Feder.* Què es esto?

Rey. Y aora què puedes decir?
es galàn? es entendido?

Marg. Notable gracia ha tenido;
solo èl me hiciera reir.

Rey. No vì hombre tan ageno
de gracia: esto te ha agradado?

Marg. Què bueno el enojo ha estado!

Rey. Esto te parece bueno?
pues no ha de ser tu marido,

aun-

aunque ſu hermano valiente
con la ſangre de mi gente
dexe eſte campo teñido.
Marg. Pues aunque es indigno en mì,
ſi me llego à declarar,
en un necio amor hablar
à mi Rey, y padre aſsi;
lograr caſada pretendo
aqueſte amor que publico,
con el miſmo Federico,
que à los dos nos eſtà oyendo.
Feder. Bien ſu reſpueſta me anima. *ap.*
Benit. Ha viſto tu Mageſtad
el amor, y voluntad
que debo à mi ſeora prima?
Marg. No es un Principe heredero
de Sicilia? pues què error
puede culpar el amor?
Rey. Ser hombre ruſtico, y fiero.
Marg. Por cuerdo el mundo le eſtima,
por ſu ingenio, y ſu valor.
Benit. Cierto, que es mucho el amor
que debo à mi ſeora prima.
Rey. Ya mi confuſion es mucha:
èſte es diſcreto? què abiſmo!
èſte es Principe?
Marg. Sì, el miſmo,
que nos mira, y nos eſcucha.
Sale el Capitan.
Capit. Un Embaxador, ſeñor,
del Rey de Sicilia aguarda
licencia para beſar
tus manos. *Rob.* Aqui ſe acaban *ap.*
los engaños.
Marg. Eſte viene,
mirandote en dudas tantas,
à decirte la verdad.
Rey. Bien es que baxe, y que ſalga
à recibirle: tu Alteza
ſe retire. *Benit.* Que me vaya
es mejor, que no he comido,
à comerme una empanada
de ternera, doce pollos,
diez conejos, ſeis tortadas,
diez chorizos, quatro queſos,
mil peros, treinta batatas,
que con eſto Frenorico
de Cecina bien lo paſſa:
à Dios, que me voy à hartar. *Vaſe.*
Feder. Yo me voy, porque no haga
el Embaxador aqui,
viendome, alguna mudanza. *Vaſe.*
Salen Antona, y Villanos.
Anton. Pardiez, que hemos de vèr
còmo à los Reyes los habran
los Baxadores, pues vemos
en Belflor coſas tan varias.
Rob. Señor, el Embaxador
que viene, ſi no me engaña
la viſta, es el miſmo Infante.
Rey. O, ſi con eſto acabàran
mis penas, y confuſiones!
Marg. O, ſi acabaſſen mis anſias!
Sale Eduardo, Infante de Sicilia.
Inf. Vueſtra Mageſtad, ſeñor,
me dè la mano. *Rey.* No haga
oy vueſtra Alteza conmigo
eſſe disfràz. *Marg.* Coſa eſtraña!
Inf. Embaxador de mì miſmo
quiſe ſer; mas aunque ſe halla
conocida mi perſona,
los privilegios me valgan;
y hablando ya de otra ſuerte,
agradeciendo à ſus plantas
los favores que recibo,
oiga de mì mi embaxada.
El Principe Federico
entrò ſolo en la eſtacada;
muerte diò à Don Pedro Esforcia,
cuerpo à cuerpo, lanza à lanza:
luego no merece, ò Rey,
el rigor con que le tratas,
pues no le matò à traicion
alevoſa, ò con ventaja.
Aqueſto aſſentado, còmo
à tu honor altivo faltas,
y à tu decoro te niegas,
rompiendo tu fè, y palabra,
pues me dicen, que le has muerto?
Eſtas, ſeñor, ſon hazañas
dignas del valor que heredas?
dignas del poder que alcanzas?
Dame à mi hermano, ò por èl
ſuſtentarè en la campaña,
que

que eres alevoso Rey,
pues à mi Principe matas,
quando debieras guardarle
la seguridad jurada.

Rey. Confiesso, que debe hacer
el Rey que una justa ampara,
bueno el campo; pero no
dar lugar à ofensas tantas,
que empuñe un Aventurero
en su presencia la espada:
esta es la satisfaccion
de la prision, y las guardas:
y aora, en quanto à decir,
que le he dado muerte, valga
por respuesta verle vivo,
que es mejor: ha de la guardia:
haced luego que el Alcayde
à aquellas almenas salga
con el preso, donde vea
el Principe quien se engaña:
y mira como le diera *Vanse los Sold.*
muerte al que aora trataba
casarle con Margarita,
dando fin à ofensas tantas;
y lo hiciera, vive Dios,
à no mirar que le falta
de Principe la prudencia,
que le es de tanta importancia.

Inf. Quien engañado procede,
disculpa, y perdon alcanza,
y assi, del reto desisto,
remitiendome à tu gracia.

Sale Elena.

Elena. Si lagrimas de muger
piadoso lugar alcanzan
en los pechos de los hombres,
y mas en los que se hallan
tan obligados, por ser
Dioses en la tierra, valgan
su privilegio à mi llanto,
y tu piedad à mis ansias.
Còmo, magnanimo Rey,
tanto à tu justicia faltas,
que dàs premio, y no castigo
à quien me ofende, y me mata?
Còmo à Federico pones
en libertad, y le casas
con Margarita, sin vèr
que soy la parte que agravia?
Hermano perdì, y esposo;
si satisfacerme tratas,
dame esposo, cuyo amparo
supla de mi honor la falta:
y entonces podràs librar
al Principe, pues es clara
mi justicia, que no es libre,
mientras mi perdon no alcanza.
Sola una satisfaccion
pretendo de ofensas tantas,
y es, señor, el que me cases
oy con el Duque de Mantua.
En tu Reyno està, yo sè
quien es, pues con esto acaban
mis penas, quedando al fin,
noble, contenta, y honrada.

Rey. El Duque de Mantua aqui?
mano te doy, y palabra
de que oy ha de ser tu esposo.

Elena. Dexame besar tus plantas:
lindamente me he vengado *ap.*
de los zelos que me causa
Margarita: Amor, vencì,
engañando à quien me engaña.

Rey. Ya con el Alcayde està
en essas almenas altas
el preso, mira si es vivo.

Salen en lo alto de la muralla Federico, y Benito.

Inf. Ay hermano de mi alma!

Marg. Viendo el Infante à los dos, *ap.*
no advirtiendo en dudas tantas
qual el preso es, ò el Alcayde,
como à su hermano le habla.

Elena. Valgame el Cielo, què miro! *ap.*
el preso es aquel? juràra
que le conozco.

Anton. Oyes, Bato,
Belardo, ò yo estoy borracha,
ò el tal Principe es Benito.

Vill. 1. Antona, oye, mira, y calla.

Anton. Còmo le habran de esta suerte,
si yo le conozco? *Inf.* Quàntas
lagrimas debe tu amor
à los ojos, que oy alcanzan

aques-

aquesta dicha de verte!
mas verte por premio basta.
Benit. Este es el hermano Infante?
èl tiene pequeña traza
para Infante, y para hermano:
mas Antona està alli.
Feder. Calla.
Benit. Pues los Principes no pueden
habrar con Antona?
Feder. Basta.
Benit. Ya està bastado: hanle visto?
Anton. Bito, has visto lo que passa?
el mismo Infante ha venido,
hermano al Principe llaman.
Feder. Sin que el engaño, conozcan, *ap.*
con equivocas palabras
responderè por los dos.
No puede la voz turbada,
decir, Infante, el contento
que tu presencia le causa,
y por no ofenderte hablando,
Federico siente, y calla.
Vase, llevandose à Benito.
Inf. Pues ya, señor, que le he visto,
buelveme à decir la causa
por què el casamiento dexas
de mi señora la Infanta.
Rey. Solo por no ser capàz
del govierno.
Inf. Mucho agravias
su divino entendimiento.
Rey. No es aquel que miras, y hablas?
Inf. Si señor. *Rey.* Pues esse mismo
tan rusticamente habla,
tan torpemente procede,
que es igual à un bruto.
Inf. Basta,
que debe de haver perdido
aqui el juicio, porque Italia
no viò tan sutil ingenio.
Marg. Què à ciegas los dos se hablan *ap.*
de diferentes sugetos!
Rey. Pues porque en un punto salgas
de esse engaño, luego al punto
aqui à Federico traigan,
y si èl hablàre en razon,
buelvo à empeñar mi palabra
de casarle con mi hija.
Elena. De confusion tan estraña
saldrè, si viendole aora
mas cerca, hermano le llama.
Sale un Criado con Benito.
Benit. Parezco cavalgadura,
que se vende, porque andan
conmigo, viendome todos:
què es, señor, lo que me manda
tu Magestad? diga, aqueste
es mi hermano? *Rey.* Su ignorancia
ha descubierto bien presto;
mira si mi voz te engaña.
Inf. Pues no me engañas, si aqui,
quando al Principe esperaba,
me dàs un hombre, que de èl
no tiene la semejanza?
Rey. Pues no es el mismo que viste,
y que aora confessabas
ser tu hermano? *Inf.* No era este.
Rey. Hay confusion mas estraña!
Elena. Este es, señor, un Villano,
que conozco. *Rey.* Hay penas tantas!
pues yo no tengo otro preso,
ni otro en mi poder se halla.
Inf. Pues còmo à negarlo buelves,
si le he visto? *Rey.* Al punto llama
al Alcayde. *Vase el Capitan.*
Elena. Advierte aqui
de la suerte que le tratas,
porque el Alcayde, señor,
es el gran Duque de Mantua.
Rey. Otro engaño?
Salen el Capitan, y Federico.
Capit. Ya està aqui.
Inf. Este es Federico.
Feder. Aguarda, *Al Infante.*
que antes de darte los brazos,
tengo de besar tus plantas. *Al Rey.*
Yo soy quien enamorado,
sin temer tus amenazas,
siendo Alcayde de mi mismo,
vivo en tu Reyno: la causa
ya la sabes, Amor fue,
felice si tu palabra
aora cumples. *Elena.* Pues no
ha de cumplirla, si dada

la tiene, que ha de casarme
oy con el Duque de Mantua?
Marg. Este es Federico, Elena,
engañese quien se engaña.
Rey. Supuesto que ya este yerro
en tu favor se declara,
Margarita, dà la mano
à Federico. *Marg.* Y el alma
con ella. *Feder.* Feliz mil veces
quien logra dicha tan alta.
Danse las manos.
Elena. Infeliz yo, que he perdido
ya todas mis esperanzas.
Rey. Oy à mi cuidado, Elena,
queda el remediar tus ansias.
Benit. Y à mì, al fin de todo esto,
no imaginan darme nada,
siquiera por haver sido
el tamboril de esta danza,
à cuyo sòn han baylado?
Feder. Dos mil escudos te aguardan
ya con Antona.
Todos. Y con esto
aqui la Comedia acaba
del Alcayde de sì mismo,
perdonad sus muchas faltas.

FIN.

CON LICENCIA: EN VALENCIA, en la Imprenta de la Viuda de Joseph de Orga, Calle de la Cruz Nueva, junto al Real Colegio del Señor Patriarca, en donde se hallarà esta, y otras de diferentes Titulos. Año 1764.